

Misa de acción de gracias por la canonización de
FRANCISCO COLL Y GUITART
Lunes 12 de octubre 2009
Basílica de «*Santa Maria sopra Minerva*» (Roma)

1ª Lectura: Isaías 52, 7-10; Salmo 27, 1.2.3.6-7.8-9; 2ª Lectura: 2ª Timoteo 2, 22b-26
Evangelio Lucas 12, 22-34

Después de haber celebrado ayer la canonización de Francisco Coll, vaya hoy nuestra acción de gracias a Dios y a la Iglesia por esta fiesta.

Reunidos aquí donde reposan los restos de Santa Catalina de Siena. A ella parece «pasó toda el alma de Domingo¹». Estamos rodeados de hermanos y hermanas, hijos e hijas de Santo Domingo. Aquí presentes, llenas de alegría por esta fiesta: nuestras queridas Hermanas Dominicas de la Anunciata a las que parece «pasó toda el alma de San Francisco Coll», si me permiten usar la misma analogía. Las saludo y abrazo a través de Amelia, Umbelina, María Jesús (últimas ex prioras generales) y Natividad (actual Priora General), aquí presentes.

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia la Salvación! Roma, ciudad de las siete colinas, de los siete montes... recibe la visita de tantas hermanas, hermanos, amigos y amigas de la Orden y de la Anunciata ¡he visto ayer en las calles alrededor de San Pedro tantos jóvenes que orgullosos llevaban en sus camisetas la imagen de «San Francisco Coll»!

Dando gracias a Dios por tanto bien y tanto amor, lo que en el Evangelio que ha sido proclamado parece una seria advertencia, lo acogemos como consuelo, ¡son palabras compasivas de Jesús que se repiten como quien calma nuestras ansias!:

No anden agobiados por la vida... pensando en el vestido o en la comida
¿Quién de ustedes a fuerza de agobiarse podrá añadir una hora el tiempo de su vida?
¿Por qué se agobian por lo demás?
¡No estén **con el alma en un hilo** buscando qué comer y qué beber!

El Evangelio de hoy, sin pretender que nos alienemos de la realidad que nos rodea, al contrario, nos invita a mirarla con mayor profundidad: ¡Fíjense! ¡Miren! ¡Observen! Como aquellos pasos a nivel (cuando las vías del ferrocarril cruzan caminos en zonas rurales, donde no hay barreras de seguridad) que tiene carteles que alertan: PARE o DETÉNGASE – MIRE - ESCUCHE.

La Providencia no es como un «cajero automático» (Bancos donde se saca dinero) o «carta de crédito»: insertamos un código ¡y tenemos lo que pedimos! (lo que pedimos no es siempre lo que necesitamos).

La Providencia es el modo como se manifiesta el amor de Dios. Leyendo las Sagradas Escrituras hemos aprendido que **Dios «ve», «prevé» y «provee»** moldeando así en nosotros «el hombre», «la mujer» según Jesucristo.

¹ Cf. Fray Aniceto Fernández, Santa Catalina Doctora de la Iglesia (29.04.1979) en *Analecta* 78 (1970) 304-308; cf. Mortier, refiriéndose al Beato Jordán de Sajonia, en *Histoire des Maîtres Généraux des Prêcheurs*, vol. I. p. 139.

Así veían a Santo Domingo sus contemporáneos, tal como lo recordó el Papa Benedicto XVI²: Santo Domingo «por doquier se manifestaba como **un hombre evangélico**, en sus palabras y en sus obras»³ y así quería que fueran también sus frailes predicadores, «hombres evangélicos»⁴.

Contemplamos hoy la obra de Dios, el misterio de su gracia, de su amor y de su amistad en cada uno de sus santos, en cada tiempo y en cada geografía⁵. En tiempos de reforma y de restauración, en tiempos de renovación, ayer y hoy, mañana. En la Castilla del siglo XIII, en la Toscana del siglo XIV y en la Cataluña del siglo XIX o XXI, en Rwanda del tercer milenio, en Benin, Guatemala, en Roma ¡en cada tiempo y lugar!

Con todos los santos estamos llamados a comprender cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento. Así seremos colmados por la plenitud de Dios; así seremos realmente «**hombres y mujeres evangélicos**» (cf. Efesios 3, 18-19).

Contemplemos juntos a San Francisco Coll, que, especialmente con su canonización, la Iglesia lo presenta como un modelo universal.

Jesucristo, el único y verdadero Maestro, nos ofrece en el Evangelio el boceto de una «antropología teológica» —una mirada teológica sobre el hombre— sobre la base de muy sencillas y precisas pinceladas. La vida evangélica se trasluce o trasparente, como la luz de los vitrales de esta hermosa basílica que nos cobija: a través de la mirada, del corazón y de las palabras que pronunciamos.

Estos trazos nos descubren los grandes amores de Santo Domingo, los grandes amores de San Francisco Coll y de tantos hermanos y hermanas nuestros que interceden por nosotros con María nuestra Madre ante Dios.

NUESTRA MIRADA

«La lámpara del cuerpo es tu ojo. Cuando tu ojo está sano, todo tu cuerpo está iluminado; pero si tu ojo está enfermo, también tu cuerpo estará en tinieblas. Ten cuidado de que la luz que hay en ti no se oscurezca. (Lucas 11, 34-35)»

¿Qué es lo que vemos a nuestro alrededor? ¿Qué es lo que nos interesa? ¿Qué buscamos? ¿Qué es lo que nos agobia? ¿La comida, la bebida, el vestido? (O quizás como tenemos qué comer, beber y con qué vestarnos a esas cosas se suman otras que buscamos, queremos y creemos necesitar)

Para Domingo de Caleruega, estudiante universitario en Palencia, los libros eran su tesoro más preciado. Ellos le abrían el panorama a la realidad. Muy pocos podían estudiar en aquel tiempo. Pero si para algunos los libros eran como espejos donde mirarse y comprobar la propia inteligencia y talentos; espejos donde maquillarse de títulos y honores; para Domingo los libros le ayudaban que a ver lo que otros —incluso a su lado— no eran capaces de ver la miseria, el hambre y la muerte que los rodeaba. Sabemos la historia: vendió sus libros. Aunque los necesitaba, él logró «ver» cosas que otros no veían: a sus hermanos. No podía estudiar en pieles muertas mientras sus hermanos

² Benedicto XVI, XII Jornada de la Vida Consagrada: discurso a los religiosos y a las religiosas al final de la Celebración Eucarística con ocasión de la Fiesta de la Presentación del Señor (02.02.2008).

³ *Libellus*, 104.

⁴ Primeras Constituciones n. 34.

⁵ Benedicto XVI, Discurso a los cardenales, arzobispos, obispos y prelados superiores de la curia romana (22.12.2005).

morían de hambre. Los libros no eran espejos donde mirarse y maquillar su ego, eran ventanas que le ayudaban a ver la realidad.

En la vida de Francisco Coll, vemos cuánto deseaba consagrarse al Señor como fraile dominico. Pero poco antes de terminar sus estudios, los claustros quedaron vacíos, una legislación pareció herir de muerte a la vida religiosa. De repente, le tocó transitar el desierto de la excomunión impuesta o forzada, la supresión de las órdenes religiosas. De sus 45 años como religioso San Francisco vivió 40 como excomulgado... Todo eso no le provocó una ceguera o miopía mental. Tampoco se pasaba el día en una constante lamentación acerca de la difícil situación política, social, llorando por un pasado que fue mejor pero que se hizo añicos, ofreciendo solamente el vinagre de la auto conmiseración antes que el vino de la alegría del Evangelio.

Dios fue providente. A través de ese nuevo escenario, no buscado, no querido, fue mostrándole ciertas cosas que pasaban (que quizás no se veían dentro de la apacible quietud que le ofrecía el convento). Un convento, como un cargo, una posición, puede transformarse simplemente en un lugar donde parapetarnos, un refugio seguro. Quizás por ello amonestaba el Profeta a los que se consideraban «seguros» a la sombra del Templo del Señor.

El convento como tantos otros lugares «religiosos» puede transformarse en el rincón oscuro de una nave donde se duerme sin darnos cuenta que fuera se ha desatado una tormenta desatada. Podemos dormir huir de la realidad, como le ocurría a Jonás que escapaba a Tarsis, huía del Señor y de la misión que Él le había confiado: ¡Nínive!

Contemplamos a San Francisco Coll: Sin claustro, sin hábito, sin comunidad, pero fiel a la **vida religiosa que profesó con votos públicos y solemnes hasta la muerte**. Profesión pública significa en nombre de la Iglesia. Profesión solemne significa la radicalidad del Evangelio. Quizás hemos privatizado nuestra vida religiosa, quizás hemos agudado su solemnidad.

Pero fuera del convento quizás pudo ver un panorama que se le ocultaba. El claustro del dominico es el mundo, allí pudo contemplar el hambre del pueblo de Dios, la más terrible de las hambrunas: la ignorancia. Ha visto a los jóvenes sin futuro, la mujer relegada a un rincón en el panorama de la formación y educación de su tiempo. Las dificultades del mundo rural y minero, lo que nadie veía. Hoy también se nos ocultan a nuestros ojos, los indocumentados, los inmigrantes, los sin nombre y sin identidad ¡molestan! ¿Nadie los ve? Son los POBRES.

NUESTRO CORAZÓN

*«Vendan sus bienes y denlos como limosna. Háganse bolsas que no se desgasten y acumulen un tesoro inagotable en el cielo, donde no se acerca el ladrón ni destruye la polilla. Porque allí **donde tengan su tesoro, tendrán también su corazón**. (Lucas 12, 33-34)».*

¿Dónde está nuestro tesoro? ¿Dónde está nuestro corazón?

San Pablo, desde la cárcel, invita a Timoteo a seguir a Jesucristo como apóstol y predicador siendo amable con todos...

En este sentido no el más bello retrato de Santo Domingo lo brinda uno de sus contemporáneos quien atestigua: «**Todos cabían en la inmensa caridad de su corazón y, amándolos a todos, de todos era amado**»⁶.

⁶ Beato Jordán, *Orígenes de la Orden de Predicadores (Libellus)* n. 107.

Si podemos decir que los dominicos y las dominicas tenemos grandes amores, podemos decir que uno de ellos es el amor a los PECADORES. Domingo se preguntaba entre lágrimas «¿Qué será de los pecadores?»

Sorprende en Francisco Coll el ejercicio del ministerio de la Reconciliación. Reconciliación de los hombres y mujeres con Dios, reconciliación entre hermanos y hermanas. ¡No olvidemos que en su tiempo se vivía una guerra civil! Uno de los sufrimientos más profundos que puede padecer un pueblo, una nación, es la guerra civil.

Bien reza un conocido poema de la llamada literatura gauchesca argentina⁷

*«Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera,
pues si entre ellos se pelean,
los devoran los de afuera»⁸.*

Estamos viviendo un Año Sacerdotal. Un año que invita al Pueblo de Dios a amar a sus sacerdotes, a los sacerdotes a amar más profundamente y con mayor entrega al pueblo que se les ha confiado.

Fray Francisco Coll era un fraile —es decir un hermano— y sacerdote. Ordenado «*titulum paupertatis*» (no con título de «Patrimonio». «Beneficio», o al «Servicio» de una Diócesis garantizando en cierta medida su sustento) y en forma clandestina. Pertenece al ministerio sacerdotal ofrecer de parte de Dios lo sagrado a su Pueblo (*sacer – dare*) y ofrecer a Dios el sacrificio, haciendo sagrada la ofrenda de que su Pueblo presenta (*sacer – facere*).

Este es el don que él recibió, un ministerio que viene de Dios. Para recibir un don, para ser ministros de la reconciliación es necesario la inocencia del corazón; la inteligencia que se pone al servicio de la verdad para comprenderlo; la obediencia que nos dispone para entregarnos a Dios fielmente, porque el enseñar la verdad es cumplir con su voluntad. En síntesis: ¡Hace falta la pobreza interior, la pureza interior y la fidelidad a la doctrina que se predica, se aprende y enseña! (pobreza, castidad y obediencia).

La **pobreza interior** no se predica en el sentido de «carencia», sino en el sentido de «servicio». Has sido llamado a ser servidor de la verdad, para poder ofrecerla a los demás.

La **pureza interior** —transparencia— en todo ministerio consiste en no pretender mezclar nada propio con la verdad que se enseña, en no disminuir ni rechazar nada sino rendirse a todas sus exigencias. Bien lo recuerda San Pedro: «*Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen. Pero háganlo con suavidad y respeto, y con tranquilidad de conciencia*» (1 Pedro 3, 15-16).

El hombre evangélico posee **un corazón grande y fiel**. Es verdad «*lo que se les exige a los ministros es que sean fieles*» (1 Corintios 4, 2). La fidelidad significa integridad, desinterés ¡es la virtud propia y decisiva del servidor! El servidor es por naturaleza fiel, porque está puesto al

⁷ **Gauchosco:** Pertenciente o relativo a los **gauchos**. **Gaucha:** Mestizo que, en los siglos XVIII y XIX, habitaba la Argentina, el Uruguay y Río Grande del Sur, en el Brasil, era jinete trashumante y diestro en los trabajos ganaderos. En Argentina y Uruguay, dicho de una persona, significa noble, valiente y generosa. Antiguamente tenía una connotación algo negativa, pues se consideraba al gaucho, vago o ducho en tretas.

⁸ José Hernández (1834-1886), *Martín Fierro* (Canto 1160). El poema completo está compuesto de dos partes «*El gaucho Martín Fierro*» (1872) y «*La vuelta de Martín Fierro*» (1879).

servicio de otro, porque no comunica de lo suyo, porque comunica cosas que son de otro. El servidor se preocupa delicadamente por no perder nada y valorarlo todo, ya que su dueño se lo ha confiado.

El beato Jordán de Sajonia llamó a Santo Domingo «Sacerdote Santísimo de Dios, confesor admirable y predicador insigne»⁹. A imagen suya celebramos a San Francisco Coll, sacerdote¹⁰. Por ello ofrece a toda la familia dominicana signos de esa dimensión sacerdotal que le es propia.

Estamos llamados a ser mediadores y no burócratas; intercesores y no intermediarios; solidarios y compasivos con los pecadores sin ser cómplices; servidores de Dios y de los hombres y mujeres de nuestro tiempo sin esperar ser servidos; defensores de los que yerran y no sus acusadores; puentes y no muros que separan; en fin, pastores del rebaño que se nos encomienda en nuestros diversos ministerios apostólicos, no empresarios o funcionarios.

Fiel en las dificultades, Francisco Coll amó a todos. Sin el calor de la propia comunidad religiosa, exclaustro, en su ministerio amó las contemplativas de la Orden, los miembros de las fraternidades laicales dominicanas, los más necesitados. Mirando su temple, comprendemos por qué con la obediencia religiosa nos superamos a nosotros mismos en nuestro corazón. Por nuestra profesión religiosa estamos en el corazón de la Iglesia, llamados a sentir con la Iglesia ¡no somos francotiradores!

En medio de tantos desafíos, Dios le confió a Francisco otro ministerio: ser fundador. Afirma Henri-Dominique Lacordaire: «**la gracia de fundador es la más elevada y la más rara que Dios otorga a sus santos**¹¹» (él afirmaba no haberla recibido y decidió restaurar la Orden en Francia). El Señor sí la otorgó misericordiosamente a Francisco Coll. En este amor expansivo asoció a su predicación y ministerio —en 1856— a las Hermanas Dominicas de la Anunciata. A través de ellas el corazón de Francisco abarcó horizontes inimaginables desde los límites de su Cataluña natal (Europa, África, Asia, América Latina).

Antes que lamerse las propias heridas, heridas provocadas por la situación de su tiempo (persecución, pobreza, falta de educación, salud, condiciones de trabajo, etc.) con su ministerio buscó reconciliar a todos con Dios. Lo hizo solo y lo hizo (y sigue haciéndolo) a través de sus hermanas. Llamadas a anunciar el amor, la compasión de Jesucristo, la Palabra hecha carne.

Ante los males que lo circundaban, las palabras de San Pablo viven en el corazón del fraile sacerdote, de la religiosa educadora: **¿Quién podrá acusar a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién se atreverá a condenarlos? ¿Será acaso Jesucristo, el que murió, más aún, el que resucitó, y está a la derecha de Dios e intercede por nosotros? ¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.** (Romanos 8, 33-39)

⁹ Oración del Maestro Jordán a Santo Domingo (*incipit*).

¹⁰ Para la Orden de Predicadores es el primer «santo pastor» canonizado desde 1931 (cuando Pío XI declaró Santo a Fray Alberto Magno). Desde entonces fueron canonizados numerosos mártires, hermanos y hermanas, y dos frailes «santos varones religiosos»: San Martín de Porres y San Juan Macías.

¹¹ *Memoria para la restauración de la Orden de Predicadores en Francia.*

NUESTRAS PALABRAS

*«No hay árbol bueno que dé frutos malos, ni árbol malo que dé frutos buenos: cada árbol se reconoce por su fruto. No se recogen higos de los espinos ni se cosechan uvas de las zarzas. El hombre bueno saca el bien del tesoro de bondad que tiene en su corazón. El malo saca el mal de su maldad, porque **de la abundancia del corazón habla la boca.** (Lucas 6,43-45)»*

¿De qué hablamos todo el día? ¿Cuáles son las palabras que pronunciamos? Jesucristo no necesitaba que le dijeran nada acerca de las personas, conocía sus corazones. Sin embargo, a pesar de eso, no se pasaba amonestando a todos, retándolos, quejándose o —perdonen la expresión— «ladrando» a derecha e izquierda, sino predicando con alegría la Buena noticia de la salvación... El Reino de Dios entre nosotros.

Aún en medio de la violenta cruzada contra los cátaros desencadenada en el sur de Francia, Santo Domingo no cesó nunca de predicar, proclamando la Palabra de Dios, insistiendo con ocasión o sin ella, arguyendo, reprendiendo, exhortando, con paciencia incansable y con afán de enseñar (cf. 2 Timoteo 4, 2). En determinados momentos lo hizo en la más absoluta soledad. Esa era su única arma: la predicación, el anuncio del Evangelio, palabras creativas y no destructivas.

Aún echado a la calle por leyes civiles que pretendían regular la vida eclesial hasta los aspectos más increíbles, Francisco hizo carne aquello de San Pablo *«La palabra de Dios no está encadenada»* (2ª Timoteo 2, 9). Los conventos pueden estar vacíos, se nos puede prohibir predicar, pero ¡es preciso obedecer a Dios antes que los hombres! No por ello Francisco ha hecho del púlpito una tribuna político-partidaria. **Además del ministerio de la reconciliación él ha pronunciado palabras de reconciliación.** Palabras creadoras, como las del mismo Dios que crea el universo y se complace de la vida. Podemos ser incluso expulsados de nuestros conventos (y de hecho así ha pasado en muchos sitios y continúa pasando) pero para nosotros, hijos e hijas de Santo Domingo, **el convento es la «Santa Predicación».**

Muchos de sus hermanos se incardinaban en las diócesis dejando la Orden. Otros marchaban a otras tierras de misión. Francisco —como otro Domingo— sin títulos académicos que le abrieran puertas, ni cátedras, ni sitio donde morar, sin un grupo de pertenencia, sin cargos en los que apoyarse... ha encarnado aquello que nos relatan sus contemporáneos: *«Estando Domingo en Roma, en concreto orando en la basílica de san Pedro pidiendo a Dios que conservara y aumentara la Orden, vio cómo se le acercaban los apóstoles Pedro y Pablo, Pedro le entregaba un báculo y Pablo un libro. Le decían: “Vete, predica, porque Dios te ha escogido para este ministerio”¹²».*

¡Qué bellos los pies del mensajero! ¡Que bella es la libertad de nuestra predicación! ¿Qué significa? ¿Qué respuesta damos a las preguntas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo? En la Escritura se nos manifiestan muchas historias vocacionales, de jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ricos y pobres. El Señor pronuncia su nombre y la respuesta es sencilla: **¡Aquí estoy!**

Es verdad: estos son mis talentos (pocos, pero tuyos). Esta es mi historia (algo confusa, a veces no la comprendo, pero es tuya). Este es mi tiempo... este es mi modo de pensar, este / esta soy yo. ¡Pero la respuesta no puede agotarse solamente en un “Aquí estoy” (como si fuese una auto – presentación)! La respuesta exige una definición, una disponibilidad más precisa, amplia y generosa ¡magnánima! ¡Propia de las almas grandes!: **Sí, aquí estoy Señor, porque tú me has llamado; aquí estoy, para hacer tu voluntad.**

¹² Humberto de Romans, *Narración sobre Santo Domingo* n. 34; Cf. Constantino de Orvieto, *Narración* n. 25.

A través de la profesión religiosa en las manos de un hermano o de una hermana, los dominicos no hemos querido fijar nuestra morada en un determinado sitio, en un determinado convento, cargo, casa, cátedra, ministerio, función. ¡Nos hemos puesto en las manos de otros que decidirán por nosotros para enviarnos!

Francisco Coll, echado de su convento, se encontró frente a una nueva decisión vocacional: ¿Una diócesis? ¿Dejar el propio país? ¿Buscar un futuro promisorio fuera? ¿Emigrar? Francisco ha sido simplemente eso: un predicador itinerante y pobre. Siempre de camino, como Jesús y sus apóstoles, como Domingo que invitaba a sus frailes a caminar alegres, pensando en el Salvador. Coll, en sus incansables correrías apostólicas, no pedía otra cosa que el alimento y un sitio para descansar.

Hoy estamos rodeados de confort, comodidades, tenemos automóviles, viajamos virtualmente a través de nuestros ordenadores. ¿Pero somos realmente más “predicadores itinerantes” que “ayer” cuando no teníamos tantos medios a nuestra disposición? ¿Acaso todo eso —como la comida y el vestido— no nos están agobiando y paralizando o «instalando», «sedentarizando» más? ¿Cómo no pensar en las 2/3 partes de la humanidad que no conocen a Cristo? ¿No estamos privándolos de la alegría de la Buena Noticia?

En medio del torbellino de palabras, mensajes, discursos, invitaciones que se nos ofrecen, buscamos hablar con Dios acerca de los gozos, esperanzas, tristezas y angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo; buscamos hablarles de Dios a nuestros contemporáneos, especialmente los que no lo conocen... porque no han oído hablar de Él, o porque aún no lo hemos dado a conocer con nuestras vidas.

El Evangelio de hoy nos enseña qué es lo fundamental, sin fundamentalismos; qué es lo relativo sin relativismos; nos ayuda a distinguir los medios y los fines ¡Esta es la sabiduría de nuestro santo, fraile predicador!

Somos religiosos y lo decimos en diferentes sentidos: religioso/religión viene de RE – ELEGIR (volver a elegir); de RE – LIGAR (volver a unir lo desunido); RE – LEER (volver a leer).

Necesitamos que Domingo y Francisco Coll nos ayuden a **volver a elegir, volver a unir, volver a leer...** A mirar con ojos nuevos a la gente, a los jóvenes, a las jóvenes para comprender qué necesitan (no necesariamente qué piden o lo que nosotros pensamos que ellos buscan o necesitan)... A dilatar nuestro corazón con el Evangelio sin encadenarlo a nuestra propia ideología o modo de pensar... a escuchar, meditar, contemplar y pronunciar palabras de gracia y verdad o ¡la Palabra!

¡Somos hombres y mujeres de grandes amores! Esos amores se descubren en Santo Domingo y San Francisco Coll, a través de **una mirada limpia, un corazón magnánimo; el anuncio de un tesoro que se comparte.**

Los amores de Domingo, de Francisco, nuestros amores son: LOS POBRES a los que consolar; LOS PECADORES a los que reconciliar; LOS PAGANOS (los que no conocen a Dios, aparentan no querer conocerlo o no saben cómo encontrarlo) a los que predicar.

Es curioso o paradójico que este hombre evangélico, que veía lo que quizás otros no veían, a partir de 1869 haya sido golpeado por la ceguera... Es extraño que un verdadero apóstol itinerante, haya sufrido una parálisis desde 1871 desde entonces debió sacrificar «sus delicias» al no poder celebrar la Eucaristía. Nos hace pensar el hecho que un predicador, catequista y teólogo profundo, aunque sin cátedras ni títulos académicos, culmine su vida con sus facultades mentales debilitadas a partir de 1873. Pero aún «en la vejez y en las canas», San Francisco sigue iluminándonos, como un

verdadero apóstol en el silencio y la esperanza, haciendo vida las palabras del Apóstol: «*Yo ya estoy a punto de ser derramado como una libación, y el momento de mi partida se aproxima: he peleado hasta el fin el buen combate, concluí mi carrera, conservé la fe*». (2ª Timoteo 4, 6-7).

¡Sí! Queremos ser como Domingo, como Catalina, como Francisco Coll, como nuestras 7 hermanas de la Anunciata mártires en una guerra entre hermanos beatificadas hace dos años. Ellos y ellas son carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos: Predicadores de la gracia, de la amistad de Jesús. ¡Vale la pena! Mejor dicho: ¡vale la gracia! ¡Porque ha valido la vida, pasión muerte y resurrección de Jesús! ¡Vale la alegría! ¡Queremos ser como ellos! **¡Atrevámonos a ser!**

El Santo Padre nos ha concedido ayer la canonización en el día en el cual conmemoramos también 47 años de la solemne inauguración del Concilio Vaticano II (1962-2009) y la memoria litúrgica del Beato Juan XXIII.

Uno de los frutos del «Concilio de Juan y Pablo» ha sido sin duda el Decreto *Perfectae Caritatis* que nos sigue impulsando a «**una adecuada renovación de la vida religiosa**». ¿Acaso no nos hemos quedado quizás en renovar cosas «relativas»? ¿No seguimos agobiados o preocupados por cosas que no son fundamentales? ¡Muchos hombres y mujeres, muchos jóvenes, nos siguen pidiendo a gritos conocer la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, del amor de Cristo! Es verdad ¡Esto exige una siempre nueva mirada, un corazón grande, palabras de gracia y verdad!

Hoy celebramos a la Virgen María bajo una advocación especial: Nuestra Señora del Pilar. Alguna vez se llamaba a este día «Día de la Hispanidad» o también «Día de la Raza»... quizás en un contexto que hoy no es el más indicado... Pero hoy la miramos a los ojos y le cantamos: «¡Tú eres la gloria de Jerusalén, tú el orgullo de nuestra raza»¹³! (y nosotros en Ti somos todos hermanos y hermanos, llamados a formar parte de una raza de santos).

A Ella miramos, a Ella abrimos nuestro corazón, a Ella le hablamos... y a través de su mirada queremos predicar el Santo Rosario —como San Francisco Coll— predicar los misterios de Jesús, habiendo contemplado también los misterios de la vida de nuestros hermanos y hermanas, misterios de gozo y de luz, misterios de dolor... para vivir un día, con Ella y todos los santos la gloria de Jesucristo.

Por ello rezamos:

Dios todopoderoso y eterno
que en la gloriosa Madre de tu Hijo
has concedido un amparo celestial
a cuantos la invocan con la secular advocación del Pilar,
concédenos, por su intercesión, fortaleza en la fe,
seguridad en la esperanza y constancia en el amor.
Por Señor Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

¹³ Cf. Judith 15, 9 aplicado en la Liturgia a la B. V. María.